Soy Rosana Burella, hija “Mimi”.

Les cuento que mi mamá nació el 17 de mayo de 1961 en un hogar humilde de Calchaquí. Su familia estaba compuesta por su mamá, Rosalía Pascual, su papá, Adolfo Burella, y sus hermanos, Lito y Juanchi quienes, cuando terminaron la secundaria, se fueron a la ciudad en busca de sus sueños, mientras que mi mamá quedó al cuidado de sus padres, tal como lo hizo desde muy chica.

Mi mamá terminó su secundaria en la escuela técnica y, a los 19 años, quedó embarazada de mí. Mi papá jamás se hizo cargo, por lo que también le tocó cuidar de mí sola.

Ella trabajó toda su vida. Incluso, luego de jubilarse, continuó trabajando como empleada doméstica en la casa del señor Juan Zanetti, igual que como lo hacía desde hacía más de cuarenta años para poder darme una vida digna.

Como todos saben, y tal vez por lo que más la conocían, siempre puso sus conocimientos y sus talentos al servicio de la comunidad, dando talleres a niños, niñas y mujeres en situación de vulnerabilidad, a la vez que llevaba adelante su microemprendimiento de confección de bolsos, cartucheras, manteles y hasta les puso su marca: “Hecho con amor, Mimicha”.

Mi mamá era una mujer con un corazón sano, íntegra, generosa, que no miraba a quién tenía que ayudar, si era conocido o no. Ayudaba y punto. Salía a recolectar cosas para las personas que lo necesitaban. Si alguien estaba enfermo era la primera en ofrecerse para acompañar, cuidar, ayudar. Si había alguien realmente solidaria esa era mi mamá.

Mi mamá era como la mamá de muchos de los que estamos hoy acá: amaba cocinar, hacer dulces caseros, postres, escabeches, masitas para nosotros y para sus amigos, para sus primas y para quien se le cruzara por su camino. Ibas a su casa y seguro no volvías con las manos vacías; algo tenía para darte siempre.

Era una mujer muy sociable, conocida por todos. Tenía su grupo de primas, con las cuales fueron muy unidas toda la vida y también su grupo de amigas, quienes habían denominado al grupo “Las cocineritas”, ya que se reunían a probar recetas y a pasar fines de semanas juntas.

La llegada de sus nietos le cambió la vida. Así como lo hizo conmigo, toda mi vida, vivía por y para ellos. La abuela Mimi siempre estaba presente para todos. Hasta los hijos de mis amigas y los amigos de mis hijos la llamaban “abu Mimi”.

Pero ahora ya no está para compartir ese día a día que tanto disfrutaban, ya no está para los momentos importantes. No estuvo para hacer eso que soñaba: confeccionar los trajes para el viaje a Bariloche a su nieta Clara.

Dos días antes de que me la arrancaran tan salvajemente, el 16 de agosto de 2022, vino a casa a comer por el cumpleaños de Pablo, mi marido. Cuando todos se fueron, quedamos solas y tomamos un té. Charlamos sin saber que esa sería la última vez que nos miraríamos a los ojos, que escucharíamos personalmente nuestras voces…

Aquel maldito viernes 19 de agosto me desperté pensando que sería un día tranquilo y que, como no había actividades escolares, no habría horarios para nada, pero no fue así.

Empezaron a entrar llamadas, mensajes; había algo que no estaba bien, algo que no era normal. El primer mensaje de la mañana, que siempre era el de ella, no había llegado

Sin despertar a mis hijos, salí en su búsqueda, sin pensar ni imaginar lo que se venía. Al llegar a su casa, bajé de la camioneta, sorprendida, pero esperando encontrarme con mi mamá. ¿Qué harían ustedes si entran a su casa y se encuentran con una escena de terror, de esas que solo ves en las películas? Lamentablemente no era una película. Imaginen ustedes encontrarse a su mamá como yo la encontré: muerta, asesinada, tirada en un charco de sangre del que se podía ver que salía de su cabeza, con su rostro tapado con un pedazo de tela, con su ropa interior y su calza bajas, violada... Su cuerpo descartado como basura en el suelo. En ese instante mi mente se dio cuenta de lo que había sucedido. En ese momento mi vida cambió para siempre, mi vida y la vida de todos los que la amamos se partió en mil pedazos.

Desde ese día nada volvió a ser igual. Mi marido, el principal sostén económico de nuestra familia, tuvo que dejar de trabajar por un tiempo; no podíamos salir de casa por miedo; la mirada de la gente en la calle, tener que oír cada cosa, recibir mensajes con información y pero que después se retractaban de lo dicho. Vivir con miedo a que les sucediera algo a mis hijos adolescentes. Pasamos, y lo seguimos haciendo, por psicólogos, neurólogos, psiquiatras, psicopedagoga, terapias alternativas para encontrar una manera de seguir. Pasamos por días oscuros en que no encontramos salida, en que no sabemos cómo lidiar con las secuelas: la angustia, el bloqueo emocional de mis hijos que les influye en la escuela y en la salud física.

Mi mamá era el sostén de esta familia: al no tener a mi padre y con el trabajo de camionero de mi marido ella era la que nos ayudaba en todo.

Y yo me pregunto:¿POR QUÉ? ¿POR QUÉ? ¿Con qué derecho se le hace esto a una persona. Con qué derecho se le hace esto a toda una familia?

Pasan los días y cada vez te extrañamos más, mami. Te buscamos en todas partes, en cada bici al mediodía en el horario que volvías del trabajo, en cada mujer rubia que cruzamos en la calle. Esperamos los mil llamados de cada día. Llega la hora de la tarde y necesito ir un ratito a casa, a sentarme debajo de la parra o en el patio, para charlar y comer esos dulces que hacías siempre y ver cómo venían los colibríes a las flores.

Te extrañamos, te extraño y te necesitamos acá.

Lo único que me queda es esperar justicia y que Dios ilumine el corazón y la conciencia de los representantes del Estado que tienen la responsabilidad de impedir que haya otra hija clamando, implorando, justicia por su madre como estoy haciendo yo hoy.

Mami, siempre, siempre, serás el amor que nos diste a todos.